

GERARDO DIEGO

PREMIO MARCH DE LITERATURA



por

Jose M.^a Martínez Val

Catédrico - Director
del Instituto

Gerardo Diego, Premio March de Literatura 1961. Como antes fué Premio Nacional de Literatura (1925) y Académico de la Española (1948). Y también Gerardo Diego, Catedrático de Instituto, en el "Beatriz Galindo" de Madrid, como antes lo fué en Soria (sucediendo a Antonio Machado), y en Gijón y Santander, su ciudad natal.

Nos ha emocionado que en una de las declaraciones a que ha sido sometido con motivo del nuevo e importante Premio, Diego haya subrayado sobre todo su condición de Catedrático. "Estoy totalmente dedicado a las clases. Cinco horas de clase". Y cuando el periodista le entrevistó llegaba del Instituto, este hombre, trabajador, sencillo, cultísimo, que tanta gloria da a las Letras españolas.

Importa mucho que haya hombres así en las Cátedras de los Institutos, las más difíciles quizá, porque son como los viveros delicados de los que han de salir después los fuertes árboles. No hay árbol fuerte sin cuidado tierno.

España, en este sentido, ha tenido suerte. Muchos hombres de primera categoría, no han desdeñado la Enseñanza Media. Antes fué Antonio Machado, por ejemplo. Ahora son Académicos de número de la Española cuatro Catedráticos de Instituto: García de Diego, Gerardo Diego, Fernández Ramírez y Gilli Gaya. Otros muchos alternan el Instituto con la Universidad: Bustinza, Terán, Rodríguez Agrados, Fernández Galiano, Candel, Vila, Rumeu de Armas, etc., etc. Otros muchísimos se prodigan en el Libro, en el Periodismo, en la Radio, en las Revistas Científicas, en cargos directivos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pero hoy queremos hablar de Gerardo Diego, porque entre tantos tiene una significación especial. Gerardo Diego es y representa la Poesía moderna. Cuando aquel fino crítico que fué *Andrenio* publicó su "*Pen Club: Los poetas*", hizo una definición certera de Diego: "Es un poeta delicado y exquisito". Por ser ambas cosas ha podido—con una libertad y una originalidad admirables—hacer la difícil síntesis de la "vanguardia" con una temática tradicional, paisajística, de la vieja Castilla. Y en una misma obra poética, conseguir la leve irisación lírica de las "espumas" de "*Manual*" (1924) y las imágenes, llenas de efusión, de su "*Soria*" (1923).

O bien, si preferimos comparar lo formal, lo estilístico, producir, el fulgor encadenado de duples y triples metafóras, de su primitivo *creacionismo*, con la talla rigurosa de sus sonetos.

Es una y la misma la pluma que ha escrito:

"Y los hombres heridos
pasean sus surtidores
como delfines líricos..."

y la que, embridando la inspiración más lírica en el molde más exigente, esculpe, más que escribe, "*El Ciprés de Silos*" (en su primera e insuperada versión de "*Versos humanos*" (1925):

"Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza,
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño".

Guillermo de Torre fué el primero que clasificó (si ello es posible) a Gerardo Diego como poeta de "vanguardia". Iba—ya en 1923—en la cabeza renovadora de nuestra lírica. Desde entonces ha seguido, con voz cada día más propia, más suya, en la difícil tarea de creación.

A ello le ha ayudado —sin duda alguna— su carácter profesional. Este tener que ponerse cada día, varias horas, a la no menos difícil tarea de "*recrear*" las cosas y las palabras, los hechos y las experiencias, para que ante los alumnos adquieran ese brillo atrayente, ese halo de recién nacido fino y delicado que debe tener toda enseñanza. Un crítico —y profesor asimismo— tan eminente y exacto como Valbuena Prat alude a la condición de "*cultísimo*", de Gerardo Diego. No hay, en efecto, para él, secretos ni en la Lengua ni en la Literatura castellanas; ni en las Literaturas de otros muchos pueblos.

Diego dirigió también, entre 1927-1928, la Revista de Literatura "*Carmen*". Fué con sus concomitantes "*Grecia*" (1919-1920), "*Cervantes y Ultra*" (1921-1922) "*Tabletos*" y "*Reflector*" (1923), una de las revistas de vida breve pero intensa, que contribuyeron a ambientar, preparar y continuar (la Revista "*Carmen*") la conmemoración gongorina de 1927.

Fué precisamente este Poeta Profesor el encargado por la "*Revista de Occidente*" de preparar la "*Antología poética en honor de Góngora*", que se editó aquel mismo año y que constituyó una auténtica revelación. Ella destacó a la vez el gusto y la sabiduría del colector. El mismo *Andrenio* antes citado la estimaba así: La introducción de Gerardo Diego revela una copiosa erudición poética, y lo que vale más: gusto, pensamiento crítico y visión de conjunto para los movimientos de la historia literaria".

Ha escrito además una Antología sobre los Poetas desde 1915 a 1931, luego completada para ser editada en la famosa Colección Austral. Y su labor de creación poética nunca ha cesado. En el soneto, la más difícil gema de la lírica, ha llegado a perfecciones casi insuperables. Baste recordar los que hay en "*Angeles de Compostela*" (1940). Uno de ellos reza:

--"Ya tu clarín nos disipó las brumas
oh grave, agudo azul de coordenadas.
Y hundimos ya las manos sonrosadas
--nueva pericia-- en diáfanas espumas".

Su dominio de las formas es total. La canción, los metros de inspiración popular, tienen en Diego uno de los maestros actuales. Y las décimas del "*Via Crucis*" son de las mejores que se hayan escrito en nuestra lengua.

Desde hace muchos años, las mejores plumas de nuestra crítica se han venido ocupando del mundo poético de Gerardo Diego. Así: *Andrenio*, Fernández Almagro, Eugenio Montes, Díez Canedo, Oliver, López Prudencio, Valbuena Prat y Díaz Plaja. Por eso, el Premio March de Literatura no ha hecho más que confirmar la eminencia intelectual en que ya estaba situado este Poeta profesor.